

Los colores del alma

Seudónimo: Quieroentenderte

La mañana se iba escapando entre las agujas del reloj sin mucho de especial. Ya quedaban las dos últimas horas de plástica, antes de irse a comer.

La mirada de nuestra protagonista parece siempre estar buscando algo más allá de las palabras. Y aunque no habla mucho, y cuando lo hace, sus frases son cortas y directas, observa el mundo con una intensidad única.

En el colegio, eso la hace diferente. Cuando los demás ríen y conversan, ella se queda al margen, sintiéndose sola. Se burlan de su silencio, de sus gestos, algunos incluso le dicen: —¡Eres rara! —sin mala intención, pero con la crueldad ingenua de la infancia.

El rechazo le duele, y a veces, eso la frustra hasta el llanto. No entienden por qué no quiere jugar con ellos, o por qué se tapa los oídos cuando todos gritan en el recreo.

Ya de muy chica, sus padres observando comportamientos extraños en ella, lo comentaron con el pediatra, el que después de algunas pruebas y estudios, decidió derivarla a un especialista de la unidad infantojuvenil, donde se confirmaron sus sospechas. El mundo de Alma funcionaba bajo las reglas del espectro autista.

Ella soportaba el peso de ser distinta, sentía el castigo del silencio en los pasillos, de las risas compartidas a las que no la invitan. Su forma de ver el mundo es distinta, nadie se detiene a mirar con sus ojos.

Un día, Celia, la profesora de plástica, les entregó a todos rotuladores y pinturas de colores, además de hojas en blanco.

—Hoy quiero que cojáis la lámina y, dividiéndola en cuatro partes, me dibujéis cómo os sentís —les dijo a la vez que en el encerado simulaba la forma de dividir el papel.

Alma, aunque en principio se sintió un poco confusa, no lo dudó.

Tomó los colores con manos decididas y comenzó a trazar líneas, manchas, formas. Su mundo interior estalló en el papel: azules profundos, naranjas que parecían bailar, círculos que se encontraban como si fueran abrazos.

Mientras la mayoría realizaba dibujos de caritas felices o soles brillantes, ella seguía dibujando..., trazando sus líneas y difuminados con gran destreza.

La profesora iba revisando la ejecución de todos y cada uno de los alumnos de aquella práctica, que le había parecido interesante llevar a cabo con la intención de conocer un poco la personalidad de cada uno.

Alma, en su primer espacio trataba de dibujar una tempestad de azules y blancos como las olas del mar, el vuelo de las nubes, una danza silenciosa que solo ella entiende.

Al pasar a su lado, se quedó sorprendida gratamente.

Sonriendo con un gesto de aprobación, continuó comprobando pupitre por pupitre la ejecución del ejercicio por parte de aquellos pequeños artistas, a la vez que iba ayudando a unos y a otros.

Después de una hora ya larga, empezó a animarlos para que fueran terminando y entregando sus laminas para verlas y compartir sus sentimientos con todos.

—No olvidéis poner vuestro nombre por detrás —recordaba la maestra.

Alma también entregó su dibujo y regresó a su asiento, en silencio.

—Bueno chicos, está bien, un poco de calma, ¿ya todos habéis entregado la práctica? —preguntaba alzando la voz, intentando parar el revuelo que se había formado con la entrega.

Luisa, apurando los últimos trazos, corría para entregar la última.

—Venga Luisa, tú la primera —ordenaba Celia a la última en entregar su dibujo.

—Enséñaselo a tus compañeros —indicaba la docente.

—Bueno, yo he hecho cuatro dibujos, el primero una montaña verde con un sol saliendo de la montaña, que es lo que veo desde mi ventana cuando me levanto. Luego he dibujado a mi perro que por las mañanas me despierta con sus ladridos a mí y a las gallinas. Después, una casa y un jardín parecido al de mi casa. Y por último, a mi madre, a mi padre, a mi hermano, y otra vez a mi perro, paseando por la playa, donde hay sombrillas y más gente y un barco que se ve en el mar.

—¡Muy bien! ¿Y ahora, cuéntanos que sentimientos te producen tus dibujos?

La niña, volviendo a mirar sus viñetas, decía: —Es mi familia, con quien me lo paso bien y donde soy feliz.

—Muchas gracias,

—Bueno, ha estado muy bien, es muy colorido y alegre, tal vez el perro es un poco grande en comparación con tu familia, pero está muy bien —evaluaba la educadora.

La clase la despidió con un aplauso y dieron paso al siguiente.

—Ángel García —llamaba la docente.

Este, se levantó enseguida entre las risas de los demás compañeros y se fue hacia la tarima que crujía de lo reseca que estaba ya la madera de tantos años.

Cogiendo su dibujo, también le miró, y enseñándole al resto de la clase, empezó explicando: —Lo primero he dibujado un león atacando a un elefante en la selva.

—¡Ja, ja, ja! —las risas a coro de la clase se dispararon de repente.

—¡Chicos, chicos, silencio por favor! —mandaba Celia, intentando controlar la reacción espontánea de los chavales—. Continúa contando tu dibujo.

—Luego en el segundo he dibujado a un cazador con una escopeta y un perro que va de caza. Después al cazador, que soy yo, disparando al león. Y por último me he dibujado yo con el león muerto a mi lado, junto a mi perro.

—Bueno, no está mal, aunque, a ti el perro también te ha salido casi más grande o más que el león, pero bueno. Dinos que has querido contar con el dibujo —proponía la educadora.

—Que de mayor quiero ser cazador e ir de safaris a cazar animales salvajes.

Toda la clase, nuevamente se echó a reír al escuchar al niño, y nuevamente la profesora volvía a intentar frenar las reacciones de los chicos.

La maestra al ver que le tocaba el turno a nuestra amiga, pidió un poco de silencio, pues es consciente de lo mucho que le molestaban los ruidos y los comentarios desagradables.

—Le toca a Alma González —llamaba la docente, mientras se escuchaba un murmullo de fondo en el aula y algún que otro comentario, que enérgicamente ahogaba, mandando callar.

La niña, agachando la cabeza, se levantó de su asiento para dirigirse a recoger su dibujo. Mirándole, le enseñó al resto de la clase, y con la mirada baja y la tremenda dificultad que para ella suponía hablar en público, más aún en aquel auditorio, en el que salvo rara excepción, siempre se burlaban de ella.

—Venga Alma, cuéntanos que has dibujado —invitaba Celia a su alumna.

—He, he, he querido dibujar lo primero un mar azul con olas muy grandes y un cielo gris lloviendo con un barco navegando en la tempestad, luego un remolino de muchos colores que se traga al barco. Después una isla con una palmera, en medio del mar, rodeada de un arcoíris que se adentraba en el horizonte y por último, yo en la isla, haciendo señales a otro barco para que viniera a rescatarme —narraba la niña con voz temblorosa e insegura.

La clase, al escuchar las palabras y ver la ejecución de aquellos dibujos, al igual que la maestra, se quedaron sorprendidos de la calidad y la imaginación de la niña.

—Es hermoso, Alma. ¿Puedes contarnos qué significa?

La alumna, mirando los dibujos, no respondió con palabras. Señaló el centro del dibujo: aquella espiral multicolor que parecía moverse con vida propia.

—Así me siento cuando pinto, como si estuviera en una tempestad que me traga, sin poder hacer nada, terminando en una isla yo sola, esperando que vengán a rescatarme siguiendo los colores del arcoíris —dijo, con una voz muy débil y temblorosa, temiendo ser motivo de burla, como otras muchas veces por parte de sus compañeros.

La profesora con los ojos humedecidos, no dejaba de parpadear, escuchando y entendiendo los sentimientos que con aquellas palabras la niña trataba de expresar.

Celia emocionada, cogiendo la lámina, comprendió que había encontrado el puente que Alma necesitaba para conectar con el mundo.

El silencio absoluto se apoderó de aquel instante y un aplauso que empezó por su amiga Merce, que era la que mejor entendía a la pequeña artista, corroboró aquel mágico momento.

Toda la clase en pie aplaudiendo, ovacionó a Alma, felicitándola.

Al terminar la jornada, Celia colgó los dibujos en el aula, colocando el de Alma en el centro. Al día siguiente, la sala de profesores se convirtió en un escenario de debate.

Celia, que tenía un primo con autismo, defendió la necesidad de dejar de ver a estos niños como "especiales" y empezar a verlos como personas con una sensibilidad y una forma de expresarse distinta.

—Esta niña tiene un potencial increíble —le dijo Celia a Ángela, la tutora de Alma—. Debemos hablar con sus padres, a los que convocaron a los dos días.

La reunión con Marina y Juan, los padres de Alma, fue transformadora. Celia les mostró el dibujo y les confesó su admiración.

—Conocemos las dificultades de su hija, pero también creo que tiene una sensibilidad y una creatividad especial que estoy segura deberíamos ayudarla a desarrollar —contaba la profesora, con bastante entusiasmo, dejando claro su disposición a ayudarla personalmente.

Los padres respiraron aliviados, aunque no muy sorprendidos, pues conocían el talento de su hija, que se pasaba las tardes en soledad, dibujando en cuadernos viejos inacabados.

—Insisto, me gustaría, si ustedes me lo permiten, ayudarla en la medida de lo que pueda —les comentaba la educadora a la vez que compartía el secreto de familia de su primo, al que parecía que nadie comprendía.

—Nosotros queremos lo mejor para nuestra hija —decía Marina, emocionada y agradecida por el interés de la docente.

Fue entonces cuando Celia subió a la mesa una bolsa que tenía en el suelo. Sacando un maletín de pintura con acuarelas, rotuladores, ceras, etc., para dárselo a los padres.

—Estaba segura de que me iban a entender, y he traído esto que es para ella, de mi parte, pero quiero que se lo den ustedes. No quiero parecer que hago distinciones con el resto de los chicos.

Los padres, sorprendidos, no dejaban de agradecer aquel obsequio que posiblemente iba a marcar la vida de su hija.

A partir de ese día, el clima en el colegio cambió. Alma ya no era "la rara", sino "la artista". Sus compañeros se acercaban a su pupitre, no para burlarse, sino para pedirle consejos sobre cómo mezclar colores o para que les hiciera algún dibujo en sus cuadernos.

La pintura se convirtió en el refugio de Alma. Los ruidos que antes la asustaban, se mitigaban entre pinceladas de amaneceres amarillos y rugidos de mar. No necesitaba hablar más que antes, ya no hacía falta, porque sus dibujos decían todo lo que su corazón guardaba.

Cada nuevo cuadro era una historia.

A través de la pintura, Alma encontró su voz.

Y, por fin, el mundo empezó a verla como ella era: brillante, compleja, única.

Como un cuadro lleno de colores que solo necesitaba ser observado con atención y el amor adecuado.